

Quiso ir a la dirección que le indicaban en la esquina, pero tuvo miedo de encontrarse allí con Julio, y optó por esperar hasta la noche.

Las primeras luces de la calle se alumbraron en los eléctricos. Clara los observó estremecida. Se aproximaban las horas de la sombra. Miró a su piano y fuése hasta él. ¡Pobre instrumento de sus ilusiones de niña, de su sencantos de joven, y de sus alientos de gloria! Allí estaba con su teclado al descubierto; pero mudo y triste. Lo cerró pausadamente, y hubo en aquel movimiento algo tan amargo y desgarrador para su alma, como la escena de la tapa que se extiende sobre el fúnebre cajón que guarda los restos del ser querido. Es que también para ella, allí quedaban enterradas sus más caras ilusiones!

—¿Qué dice, Clarita?

—Lo que usted acaba de oír. Que yo no podré ni ser feliz, ni hacerlo feliz a usted, doctor.

—Pero, por Dios! ¿por qué?

—Me pide en nombre de Dios que se lo diga.

—Sí, Clarita!

—Pues bien, puesto que para mí el nombre de Dios es sagrado, aunque para usted no lo sea...

—De dónde deduce éso?

—De que usted jura en su nombre lo que no sabe cumplir.

—Afirma lo que no podría probar.

—Me bastará citar un nombre: Virginia Pintos!

La pluma no sería capaz de describir la impresión de Julio ante esa frase. Desconcertado en absoluto, sumido en la confusión más espantosa, guardó silencio. En sus manos estrujaba nervioso el estuche de los anillos.

—Cumplió usted como caballero con esa pobre mujer y con sus hijos — dijo Clara, poñiéndose de pie.

Y como él solicitara le permitiera arreglar ese asunto, asegurando una pensión vitalicia para todos aquellos seres, ella le replicó en

un tono de energía que le ahogó toda réplica:

—¡Pobre amigo! ;Con un puñado de dinero ni con toda la fortuna de la tierra, se compra el honor de una mujer, ni se salva la dignidad de unos hijos! ;Quien piense lo contrario, creería haber comprado con su riqueza y su brillo social, el amor de una pobre profesora de música al hacerla su esposa ante el mundo, después de haber entregado su amor por juramento a otra mujer! Doctor Ponce, hay un abismo infranqueable entre su mentalidad y la mía, entre mi sentimiento y el suyo. ;El nos separa para siempre!

## VI

Doña Rosario no salía de su asombro. ;Volver a Concordia! ;Abandonar a Buenos Aires cuando la fama estaba conquistada y el éxito pecuniario asegurado con rendimientos jamás previstos! ;Pero qué locura se adueñaba de su hija? ;Qué misterio había en el fondo de aquella alma, que con todos sus novios rompía, sin qué ni una vez le diera más razones que las de incompatibilidad de caracteres?

Le daba miedo mirar a aquella muchacha tan activa, tan luchadora, tan energica, posada allí en aquel sillón frente a la ventana, con los ojos fijos en el piano, con toda la placidez de un desastroso declinamiento.

Aquella huella de Luisito, este rompimiento con Julio, la súbita resolución adoptada ahora para ausentarse de la capital, encerraban un enigma que en vano trataba de descubrir y que ponía en su espíritu la más dolorosa de las dudas.

Desde que vino a Buenos Aires, con todos los temores de su alma buena, por la suerte de su hija, a la que en el torbellino de la ciudad mala, de los grandes escándalos, de la corrupción de las costumbres, temió siempre exponer al peligro, la angustia vivió con ella. Por eso, mientras Clara concilió al Conservatorio, la había acompañado siempre, salvo aquellas desgraciadas visperas de